

ESTE DIARIO

SE PUBLICA

POR SU TIPOGRAFIA A VAPOR

Calle del Cerrito 84

# EL BIEN PÚBLICO

DIARIO DE LA MAÑANA

SUSCRICION

Por un mes . . . . . \$ 1 50  
Un número del día . . . . . 0 10  
Un número atrasado . . . . . 0 20

REDACCION Y ADMINISTRACION, CERRITO 84

DIRECTOR—JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN

AVISOS Y SOLICITADAS HASTA LAS 6 DE LA TARDE

## Almanaque

Sábado 13 San Leandro y Santa Amelia vicgen.

## Efemerides

1880. SE DEMARCA EL PRESIDENTE DE HAITI.

1880. TOMA DEL PUERTO DEL RIO HACIA.

## EL BIEN PÚBLICO

MONTEVIDEO, MARZO 13 DE 1880

Sr. D. Juan Zorrilla de San Martín, Director de El Bien Público.

Amigo muy querido: Mas de una vez significó a Vd. mi propósito, que hoy llevo a cabo, de dejar la pluma que desde siete meses atrás, hasta fines del pasado mes, redactó el diario que Vd. tan dignamente dirige.

Mis tareas periodísticas de estos últimos tiempos eran, pues, como Vd. sabe, un simple paréntesis a mis tareas profesionales, y si fui a la prensa, momentáneamente, necesitaba volver al foro, como quien regresa a su propio centro.

Pero no lo haré, mi caro amigo, sin estrechar su mano con toda la efusión del alto aprecio que le profesa su afmo. S. S.

Joaquín Lemoine.

Montevideo, Marzo 8 de 1880.

Sr. Dr. D. Joaquín Lemoine.

Amigo muy estimado.

Su promesa de hacerse cargo por el tiempo de la redacción de El Bien Público ha sido cumplida por Vd. como yo lo esperaba.

El plazo convenido está ya vencido, y por consiguiente su corta pero digna campaña en favor de la buena causa ha terminado en efecto, después de haber recoído Vd. en ella mucha estima y mucha consideración de quienes han comprendido la firmeza de sus convicciones católicas y el brío de su defensa siempre elevada y digna de Vd.

Vuelva pues Vd. al centro profesional que lo reclama y en el que le auguro nuevos triunfos, sin por ello olvidar el sitio que ocupó en la lucha de la idea y que siempre será suyo.

Entretanto cumplo con el deber de agradecerle cordialmente los servicios prestados y alentarlo a seguirlos prestando en cuanto le sea posible al par que lo saluda con todo afecto.

Juan Zorrilla de San Martín.

## Vamos por partes

¡Oh poder de la evidencia!

El Siglo confiesa que dijo un disparate afirmando que hay incompatibilidad entre el artículo de nuestra constitución que dice que no pueden ser electos representantes los eclesiásticos regulares, y la proposición condenada en el Syllabus en que se afirma que los ministros de la Iglesia deben ser excluidos del dominio de las cosas temporales.

Bueno, dice el colega tragando saliva, pero ¿y las otras proposiciones del Syllabus que citábamos?

También son otros tantos gazafatones de grueso calibre, caro colega.

Vamos por partes.

Es un gazafatón afirmar que hay contradicción entre esta disposición constitucional:

«Art. 4. La soberanía en toda su plenitud existe radicalmente en la Nación a la que compete el derecho exclusivo de establecer sus leyes, del modo que mas adelante se expresará.»

Y la condenación en el Syllabus de la siguiente proposición.

«La Iglesia no tiene derecho de emplear la fuerza y no tiene ningún poder temporal directo ni indirecto.»

¿Qué tiene que ver lo uno con lo otro? La facultad de la Iglesia para emplear la fuerza en defensa de sus derechos, coherencia a la de los pueblos para darse leyes?

¡O establece nuestra Constitución que la Iglesia se ha de cruzar de brazos cuando se ve agredida?

Seria curioso ver en la Constitución de un pueblo la prohibición de que la Iglesia sostenga sus derechos.

Seria curioso ver a nuestra Constitución mandar al Pontífice Romano que entregase sus estados al que se los exija, o que rinda las armas a discreción a su solo mandato.

Precisamente fundado en el principio establecido en nuestra Constitución de que los pueblos tienen derecho para dictar leyes, precisamente fundado en ese principio, el Papa puede sostener sus derechos en la fuerza como puede hacerlo cualquier pueblo de la tierra.

Y con esos que llaman contradicciones es con lo que pretenden los demagogos exigir al pueblo piculota, para demoler lo existente: Dios, cetas, altares, etc.

Veremos lo que nos dice El Siglo al respecto, tendremos especial satisfacción en tratar los demás puntos de desacuerdo entre la constitución y el Syllabus indicados por el colega.

Hasta mas ver, ilustradísimo colega, hasta mas ver.

## Revista de la Prensa

El Siglo recusa a La Nación por que no le reconoce potestad para juzgarle; tanto mas, cuanto que La Nación insulta como parte y no habla como juez.

Y dirán que El Siglo no tiene argumentos abogadiles.

—Que malicia! Asegura que la ley del matrimonio civil vendrá pronto. Pero si el tal matrimonio, colega, es mas viejo que la ruda. Pregunte y le darán noticias. Cuantos hay que se casan ahora mismo civilmente, vale decir sin frivolas ceremonias!

Estamos a voluntad de El Siglo. El nos impone temas para editoriales. Manda y ordena que hagamos comentarios de todas las proposiciones del Syllabus entre tanto que el colega lo pase embebecido al amor de la lumbre. Cuando terminamos nuestras disertaciones nos dice: «Comience que no le he oído... si esta Nación... ¡espíquese El Bien Público!»

Y a todo esto La Nación queda sin respuesta!

La Nación hace revelaciones graves acerca de la actualidad política del país. Habla de comités de conspiración que activan sus trabajos y que tienen por agentes de sus planes en la frontera a Nico Coronel, Máximo Pérez y Manuel Carballo, y dice que es preciso cortarles el resuello a los revolucionarios.

Y aunque El Siglo se haga el zueco, bien que filtra en sus entendederas esto que le dice La Nación:

«La ley de Registro Civil, la del Matrimonio ídem, la de Instrucción Pública, etc., ya se lo hemos dicho a don Jacinto, entre otras grandes reformas de moda para el racionalismo y los librepensadores, son la enfermedad que vienen padeciendo los pueblos grandes y pequeños, y que les trae a todos en gran agitación, en esa agitación que sintetizó el estadista de Francia con esta frase: «Le monde est malade.»

«Nosotros no padecemos de esa enfermedad y por eso no la aceptamos, esas grandes reformas, son ellas promulgadas por quien se sea.

«Nosotros como los libre-pensadores, no pensamos lo que nos da la gana, sino lo que creemos en conciencia que debemos pensar.

«Si esas leyes constituyen para don Jacinto un progreso, un paso importante en el camino de la emancipación religiosa, con su pan se lo coma don Jacinto.

«Para nosotros no son sino el oropel del falso progreso, y lejos de cuadrar a nuestras costumbres, a nuestras creencias y a nuestro adelantamiento, no vienen sino a inocularnos el contagio del racionalismo puro.

«Yave don Jacinto como no es por pura sonesita que las atacamos, sino porque así nos lo aconsejan nuestros principios y convicciones, que no serán de moda, pero que son nuestras y nuestras las queremos.»

«Hasta despues.»

La Colonia Española pinta al Fisco como a un monstruo gloton que vive a costa de la economía de la Nación. Con la ley de Aduana en la mano y buen acopio de razones, le porfia, le discute y por último le insita al Sr. Ministro de Hacienda que concluya con el odioso privilegio fiscal que consiste en los reclamos de Aduana. Carguen los empleados con la responsabilidad de sus errores, dice, pero no se los haga recaer en el inocente Comercio que no tiene cuenta con tales errores. Pone ejemplos prácticos como el de la liquidación de una casa del extranjero o de esta plaza, para probar que las relaciones no pueden hacerse efectivas porque óno hay quien dirigirse ó el socio que queda es el único responsable sin deber ser de esos créditos eventuales del Fisco. Al menos pide la fijación de un término para la prescripción.

Un señor D. C. hace un juicio crítico de la prensa diaria de la capital y aun que injusto al apreciar la actitud de El Bien Público en la defensa de intereses que los reputamos sagrados y trascendentales, es fuerza confesar que aun es indulgente al hacer la censura de varios otros colegas cuyas discusiones degeneran indudablemente en el empleo de epítetos y calificativos que no hacen a las cuestiones de fondo.

A La Nación le habla en un francés enérgico el órgano de la colonia francesa. La agresión, la amenaza y la violencia, no la polémica elevada, dice que distinguen al diario oficial.

Pero La France se pone muy nasal cuando subiendo el calor de sus consejos, le dice a La Nación que no ataque a un diario que es la honra y prez del racionalismo, como su nombre lo dice. Bastará que tuviera esas doctrinas las ideas liberales para que lo acaten y veneren.

L'Era Italiana jura por la memoria de los videntes de Vitor Manuel que la bandera de los Pontífices ya no flameará como símbolo del Estado Romano. Supone que las palabras del director de este diario pronunciadas en Villa-Colon, no pasan de ser una bella metáfora contra la cual protestan en nombre de la unidad italiana, todos los amigos de la blusa roja.

A Patria describe ligeramente la solemne fiesta que tuvo lugar en Paysandu en el acto de la distribución de premios a los expositores.

No quiere persuadirse La Tribuna Popular de que los últimos artículos de La Nación concitando al Gobierno a la dictadura, sean emanación de las ideas del Gobierno, pensando de esa suerte, no

hace mas que adherirse a la opinión de varios ministros extranjeros que han visto en dichos artículos, no la expresión del pensamiento oficial, sino la simple evolución de un partido, ó sea de un bando, que quiere medrar a la sombra del poder dictatorial.

La Tribuna dice que no es dable hollar los derechos consignados en la carta política que rige al país. Por último opina que a este se le hace perder en el concepto que había logrado alcanzar.

El Diario del Comercio recoge de este modo el guante en sus primeros párrafos:

«Guerra a la guerra exclama La Nación! y provoca el país entero a la emigración ó a la guerra civil.

Guerra a la guerra decimos nosotros también y pugnamos por el imperio de las instituciones, a cuya sombra bendecida el país obtendrá paz inconvencible, los poderes públicos el respeto necesario a sus funciones, los individuos garantías a sus derechos, el comercio la confianza indispensable a sus operaciones.

Guerra a la guerra exclama La Nación! y amenaza a la prensa preconizando reuniones, cuyo objeto es protestar contra la libre emisión del pensamiento que garante nuestra Constitución.

Guerra a la guerra decimos nosotros, y luchamos por resolver en el palenque tranquilo y salvador de la prensa las grandes cuestiones que poco a poco le vanitaban el crédito de la nación, hundido por la guerra, y amenazado de hundirse más aún por esas provocaciones sin consejo del diario que se dice sostenedor del Gobierno.»

Después dice que si se realizan las puebladas con que amenaza La Nación, el Gobierno será el primero a sentir sus efectos.

En un segundo artículo casi de igual tenor explica su conducta de oposición y la atribuye al carácter de la política y al personal del actual Gobierno.

En tono humilde trata de desvanecer La España la mala impresión que su artículo, referente a la traducción de un diario europeo, le hizo a El Ferro-Carril.

Como de Hércules se cuenta, el colega si que con un pie en España y con otro en los Martirios.

El Telegrafo marítimo se ocupa de penas y medidas y repueba la de contrarrestarlas anualmente.

El Ferro-Carril transcribe el mensaje pasado a las Cámaras por el P. E. sobre medianerías de cercos.

Discute con A Patria las declaraciones del Marqués de Herval en el Senado brasileiro sobre el bandolerismo en Rio Grande que A Patria niega.

El artículo 7.º en presencia de la razón y el buen sentido 6 las contradicciones de M. Julio Ferry por el B. P. F. Félix S. L.

CARTA CUARTA

JULIO FERRY Y EL ARTICULO 7.º

El Art. 7.º y las dos Francias

(Continúa)

Creedme; dejad, dejad ese fantasma de las dos Francias, visitad otras inteligencias, otros espíritus que no sea el vuestro: pues este dualismo nacional del cual hacéis el pretexto de una persecución legal, es una quimera y nada mas que una quimera.

Este dualismo nacional que crea según nuestro modo de pensar la libertad de la enseñanza, ¿dónde existe? Quiza porqué, no recibamos en la escuela exactamente las mismas ideas, y los mismos principios sobre la forma de nuestros gobiernos, sobre la marcha de nuestras sociedades, estamos por eso convencidos de constituir dos Francias?

Por ventura sustraídos en escuelas de métodos y principios rivales, no podemos por eso encontrarnos como ciudadanos con un mismo amor para la Francia y el mismo heroísmo por la patria?

No hace mucho que en medio de nuestros desastres, esta juventud educada en escuelas que vuestra ley quiere alcanzar; esa juventud que acusáis de dividir la Francia, se ha mostrado en los campos de batalla en nuestras luchas con el extranjero menos dispuesta a sacrificarse por la salvación de la Francia, que la juventud salida de vuestras escuelas?

Se han mostrado menos franceses menos valientes, menos heroicos, menos decididos y abnegados por la patria que vosotros en fin, y que vuestras criaturas universitarias?

Entendido bien Sr. Ministro, lo que importa para el porvenir de la Francia, no consiste en envolver a toda la juventud francesa en una red de enseñanza exclusiva mas ó menos renovada de la de los griegos; sino inculcar a todas las almas esos grandes principios de verdadera libertad y verdadero patriotismo que garantan a la vez la dignidad humana y la seguridad social. Después de eso es necesario responder seriamente el reproche un poco pueril que nuestros partidarios dirigen a nuestros discipulos; ¡qué reproche! El reproche seguramente muy singular de no querer fraternizar con nuestros propios discipulos y devolverles la espalda; el reproche de constituir por todas partes en la magistratura en la administración en todas las grandes carreras categoricas a parte, grupos distintos, toda una sociedad completa-

mente separada cismática de la sociedad moderna, hostil a las instituciones modernas, enemiga de la civilización moderna y antipática a la Francia moderna é impaciente por hacer retroceder hasta la edad media y aun mas alla la Francia del Siglo XIX.

Ciertamente; que tales propósitos se propalen por las calles de nuestras ciudades escuchándose en las bajas regiones del diario contemporáneo y de los gitanos de la prensa, es lo que no debía de admirar a nadie; pero que un hombre de Estado hablando en nombre de su gobierno, cuando el mismo pretende hablar en nombre de la Francia, se autorice para imponer una ley restrictiva de la libertad, esas acusaciones sin dignidad, sin valor y sobre todo sin verdad, es lo que está bien hecho especialmente para los hombres que quieren ver en los actos oficiales de un hombre de Estado, con el sentimiento de la dignidad el honor y el deber, el respeto de la verdad.

Si se creyeran estas acusaciones irrisorias, el joven francés enseñado por los congregacionistas y mayormente por los jesuitas bajo la influencia de la Iglesia católica, desdeñaría al joven francés educado en la Universidad bajo los auspicios de la libertad de pensar, y rechazando con el toda relación fraternal y social tendería a formar una sociedad separada y según la frase de vuestra invención una segunda Francia en la Francia. En caso de que esto fuera verdadero como se le supone, no habria motivo para admirarse de ello.

¿Que tiene de sorprendente que jóvenes educados en el mismo centro bajo la influencia de las mismas ideas y de la dirección de unos mismos maestros, deban con preferencia encontrarse juntos y estrechar cada día mas los lazos de una grande fraternidad y de la mas íntima amistad? Que tiene de sorprendente que los que son semejantes se atraigan y que los que se parecen se reúnan. En que pueden por esto dividir la Francia y comprometer la dignidad de la patria?

Por ventura la variedad de grupos, impide la unidad de la nación? Y esta atracción tan natural que aproxima mas íntimamente los unos a los otros en las relaciones de la vida doméstica, a los jóvenes formados en las mismas escuelas, les impide acaso encontrarse con todos los otros, para ocupar su lugar y llenar su rol en todos los teatros de la vida pública y particularmente en el gran teatro de la guerra, donde todos estos grupos distintos pero no hostiles, se encuentran con la misma abnegación a esta comun madre que se llama patria?

Y por que, por otra parte, estaríamos autorizados a reprochar a nuestros discipulos, lo que nosotros podríamos igualmente y quizas con mas razón reprochar a los vuestros. E escuchados, nuestros discipulos solamente llevan la iniciativa en esta pretendida separación.

Pero quien sabe si esta iniciativa no procede aun mas de otro partido? El discípulo congregacionista, se dice, vuelve la espalda al discípulo universitario. ¿Está bien seguro de esto? Y que sabe si no es el discípulo universitario el primero que vuelve la espalda al discípulo congregacionista? Aun cuando tuvieseis desde luego a toda la juventud francesa sometida a vuestra pedagogía universitaria, impediríais jamás que se formaran grupos análogos en el seno de la juventud como se formarán un día entre los hombres de una edad madura? Pero si de esta fraternidad social que aproxima en el comercio de la vida los elementos semejantes y homogéneos sacáis en consecuencia una hostilidad sistemática, una especie de repulsión y de odio social: sobre todo, si suponéis a nuestros jóvenes armados por el solo hecho de la educación que reciben de nosotros, contra lo que llamais progreso y civilización y sobre todo, si los creéis partidarios ambiciosos impacientes, por hacer retroceder la nación francesa a un pasado que ha desaparecido y de oponerse al encuentro de todo vello hacia las nuevas grandezas, dejadme decirles entonces, Sr. Ministro, que imitais en la agresión que emprendéis contra nosotros, los procedimientos de nuestros mas vulgares enemigos—Nos calumniais; deshonrais ignominiosamente la juventud salida de vuestras escuelas y a nosotros mismos con ella.

Y nosotros que conocemos a estos niños, nosotros que los amamos porque los hemos formado, nos ceptamos contra ella una acusación que parece querer quitarles su reputación. Y tanto mas, que esta acusación viniendo de un hombre de Estado, parece venir de lo alto, nos creemos en el deber de rechazarla con toda la energía de nuestros corazones heridos por la injuria hecha a nuestros propios niños; y cuando mas protestamos contra esta suerte de Kultur-Kampf a imitación de los acontecimientos del otro lado del Rin, y apoyados para combatir con nosotros a la juventud educada por nosotros con la injusticia el prejuizamiento y la calumnia. Y ante esta acusación mas insensata mas injusta y mas embusteramente aun que todas las otras, de dividir de largar la Francia, de constituirnos en el interior los enemigos de la Francia ¡ahí, ¡lo decimos! sin temor de que desmienta la justicia y la verdad, no; no.

Nuestros discipulos no dividen la Francia: nuestros discipulos no conspiran contra la grandeza de la Francia: Es toda una legión heroica salida de las escuelas que queréis cerrar, que no hace mucho, muriendo en nuestro campo de

batalla, para rechazar al extranjero del suelo de la patria os ha gritado por la voz misma de su sangro.

Asi es como nosotros aborrecemos la patria, muriendo por ella en la hora de sus supremos peligros. Recibid etc. etc.

J. Félix S. L.

## Remitido

### El Pontífice Rey

Hay algunos que escriben lo que saben: Otros hay que saben lo que escriben. Estos expresan bien lo que conciben; Mas no aquellos, Señor, aunque se alaben.

El artículo que ayer publicó La España con este epigrama, nos sugiere algunas consideraciones que vamos a exponer, no por otra cosa mas, sino por que lo creemos oportuno.

Mucho es que el autor de dicho artículo, al tratar de las aspiraciones que abrigan los absolutistas de España, no haya sacado a relucir tambien los horrores de la Inquisición y otros que a sus enemigos les sirven de armas para atacarlos impunemente; sin tener en cuenta que esas armas están ya gastadas y que solo les queda el brillo propio del escivo uso que de ellas se ha hecho.

Ni Calomarte, ni Zumalacarrégin, ni Carlos V, si vivieran, (no citamos a Cabrera, por que este ya lo demostró) ni el que se titula Carlos VII, establecerían en la actualidad esos Gobiernos terrores y espantosos que nos pintan sus encarnizados detractores, pues aun prescindiendo de la exageración con que lo han hecho escritores apasionados, no es posible admitir que a la altura en que hoy se encuentra la civilización, pretendieran aquellos ni nadie retroceder a los tiempos que tanto contrastan nuestros sencillos corazones.

Don Carlos de Borbón y Este, ha publicado en mas de una ocasión su programa de Gobierno y en él ha expresado clara y terminantemente que el reivindicar sus derechos, no trataba de imponerse como depota ni tirano; y la verdad es que aun cuando no seamos sus partidarios, nos duele ver la insistencia con que al atacar aquellos principios sus adversarios, insisten en la manía de presentarle cubierto de hierro con la cruz al pecho, la espada en la diestra y la tea incendiaria del oscurantismo en la siniestra.

Todas las naciones conocidas hasta ahora han sido regidas por Gobiernos ya republicanos, ya monárquicos, absolutos los unos, representativos los otros, y el credo político de todos ellos ha sido y será siempre el beneficio del país. Todo abunda en prescripciones y leyes que tienden a lo mismo; y ninguno seria malo, sin los abusos que lleva consigo la desamoralización. Esto está tan probado, que seria ocioso pretender siquiera el intentar.

Y si esto es una verdad que nadie niega ni puede negar, ¿por que parecerá a La España tan ridículo y fuera de tono que pueda existir un Pontífice Rey, y que esta idea aun tenga partidarios?

Si todos los Gobiernos son aceptables en principio por que su tendencia es el bien, claro es que los hombres en sociedad deben optar por el que se preste menos al abuso y por el que ofrezca mas garantía al comercio, la propiedad, las artes, la industria y la literatura, que es lo que contribuye a la verdadera riqueza y al engrandecimiento de una Nación; y siendo esto así, ¿vamos cual es el mas apropiado para el caso?

No nos parezca el mejor aquel cuya representación se dé al que sin otro título mas que el de sucesión ha de ejercerla, por que este ofrece el grave inconveniente de que el sucesor pueda ó no reunir las circunstancias ó idoneidad que son necesarias para una misión de suyo tan grave; ni es en nuestro sentir el mas aceptable, aquel en que un Rey es solo el primer empleado y que no sirve para otra cosa mas que para promulgar las leyes en su nombre, y este es el que en nuestro concepto se presta mas al abuso, puesto que ya hemos visto en nuestros días a un hombre digno, decante y caballero apartarse con horror y disgusto de esa representación en que no se concede ni aun la iniciativa, teniendo que obrar siempre cohibido y por virtud de imposiciones exageradas y malintencionadas. (Nos referimos a don Amadeo de Saboya)

La República bien establecida es al parecer el Gobierno que está mas exento de trabas para obrar en consonancia con su institución; pero tambien estamos persuadidos de que una República en que se desvirtúa la ilustración y en que esta sea esclava no puede ofrecer aquella garantía ni aun el orden necesario para su marcha, y que su fin será siempre la anarquía mas desastrosa.

Restáanos solo hablar del Gobierno que tanto irrita la susceptibilidad de La España.

Todas sabemos la forma en que se elige el soberano que ha de regir los destinos de la Iglesia; no ignoramos cuales son sus atribuciones y hasta donde llega su poder espiritual; y estamos convencidos de que el elegido, al ser elevado a tan alto puesto, es por que sus méritos y no otra cosa le han conducido paso a paso por el espinoso camino de la virtud y sabiduría a las puertas de ese santuario que va a gobernar; y que si lo hace, no es por su propia y exclusiva voluntad, pues que un núcleo no escaso de doctos varones, inspeccionan, analizan y discuten sus resoluciones, que solo tienen fuerza de ley después de aprobadas por ellos. Y si esto es así, como no cabe dudarlo. Si el representante de la Iglesia llega a ser por su mérito, virtud y sabiduría. Si sus disposiciones a pesar de ello son discutidas y analizadas antes de aprobarse por un Concilio compuesto de doctos varones; y si a esto se añade que todos sus actos se apoyan en la mas sana moral y en la doctrina que Jesucristo enseñó y cuyo elemento fundamental es el amor al prójimo, ¿que razón hay que se oponga a creer que de ahí puede y debe emanar la mejor clase de gobierno? Y no nos venga La España recordando hechos anóteros producidos por épocas a acontecimientos extraordinarios como los de los absolutistas de antaño, porque tambien han incurrido en errores y han cometido abusos los que no lo son, y lo peor de todo es que si aquellos los cometieron en tiempos de aberración y fanatismo, estos los han perpetrado en el apogeo de la civilización.

Aquellos tiempos ya pasaron, y lo que importa a lo que mas debemos atender, es a lo presente, que por desgracia es bien triste.

12 Marzo de 1880.

## Cuerpo Legislativo

### Cámara de Representantes

Sesión del día 12 de Marzo de 1880

PRESIDE EL SEÑOR PEÑALVA

A las 3 y 1/2 se abrió la sesión con asistencia de 26 Representantes.

Leída y aprobada el acta, se dió cuenta de haber recibido su renuncia el Sr. (Molegany,

El Sr. Aguirre presentó el siguiente Proyecto que fué destinado a la Comisión de Legislación para su estudio.

El Senado y Cámara de Representantes de la República Oriental del Uruguay, reunidos en Asamblea General

## DECRETAN

Art. 1.º El número de Jurados para las causas criminales será de doscientos cincuenta de los cuales ochenta actuarán con los Tribunales de Apelaciones y ochenta en cada uno de los Juzgados del Crimen.

Art. 2.º Queda subsistente en todo lo demás articulo 293 del Código de Instrucción Criminal.

Art. 3.º Comuníquese etc.

Montevideo, Marzo 12 de 1880.

M. Aguirre.

Se aceptaron las renuncias de los Sres. Echegaray y Martinelli, mandándose convocar a los Suplentes Sres. Jorge Ibarra y Lorenzo Escarza.

En seguida se sancionaron varias artículos del Proyecto que trata sobre la forma de razon de las escrituras etc.

## Literatura

### Progreso y Retroceso

II

He dicho antes que hay padres de familia que, hastiados hasta el desprecio, por vulgar muy temprano en sus propios hijos los sencillos resultados de la ciencia moderna, la mal dicen y automatizan; aunque a esos mismos resultados se haya dado hoy en la manía de llamarlos adelanto, progreso, ilustración; no debiendo apellidarse sino ilusion, degradación, retroceso, si hemos de juzgarlos a la luz de la sana razón.

Pero, no sea fuera de camino el examinar todavia, por que la ciencia moderna, en muchos casos, arroja en pos de sí dijos tan amargos, trayendo a las pacíficas mansiones del hogar doméstico el desencanto, el disgusto, la desunión.

Nadie ignora que la ciencia es luz. Y entonces ¿por qué la ciencia moderna no alumbrara siempre, sino que muchas veces por el contrario, empuja, proyecta sombras fatídicas; y finalmente oscurece las mismas inteligencias de aquellos mismos que debía iluminar, guiando los pasos seguros, hasta colocarlos en el sendero de la verdad?

Se recordará, que, enumerando ya las justas quejas que brotan del corazón y de los labios de un padre de familia, al ver que, cuando sus hijos llegan a cierta edad, conservan poco ó muy poco respeto por la autoridad paterna, he hablado de la educación que esos mismos hijos reciben en los colegios del Estado.

En efecto, sabido es que en tales colegios se procura con suma diligencia que no nada falta para la educación, no solo elemental sino tambien fundamental, de los alumnos que en ellos son admitidos. Echando mano de los cuadros del erario nacional, aunque sea en extranjero, se buscan los mejores profesores, según el ramo que se pretende enseñar: se les señala sueldo honorario, para que con este estímulo no rehúsen dedicarse con todo empeño a las tareas del profesorado; se pregunta, se indaga, se estudia, se adoptan por fin, los textos mas modernos, y mas sobresalientes: se preparan certámenes científicos, y se adjudican premios no despreciables para los alumnos mas aventajados en tal ó cual ramo; estimulados con esto a la seria contracción del estudio, y desparatando en ellos la emulación y el entusiasmo, tan propios y aun indispensables en la juventud: por último sentiendo con esmero al método, a la higiene, a la alimentación, a los ejercicios gimnásticos; a los paseos periódicos; con el fin de obtener el necesario desarrollo de las fuerzas físicas de los escolares, y una salud robusta que les permita dedicarse con tesón al estudio.

Por otra parte, no se perdona sacrificio alguno pecuniario, para que dichos establecimientos posean los mejores elementos para el aprendizaje de las ciencias. Si recordamos sus salones contritos, sus salas completas y bien organizados gabinetes de física, de astronomía, de química, de historia natural, de medicina, etc., etc., como igualmente los instrumentos mas perfeccionados y mas modernos. En una palabra, nada falta allí, para que los alumnos reciban una educación material lo mas perfecta posible: esperando todos prudentemente, que, con este motivo, vendrán ellos, con el tiempo, a ser honra y prez de la patria que los vio nacer.

Nada tiene, pues, de extraño el que anualmente se vea en una multitud de jóvenes, recibir, como premio de sus esfuerzos y de sus tareas científicas: unos el diploma de juriscónsultos, otros el de ingenieros, aquellos el de médicos; y así de los demás.

Sin embargo, queda todavia en pie la cuestión de saber: ¿por qué esos mismos jóvenes, después











